

ORACIÓN DE MISERICORDIA

(para abrirse al Espíritu Santo)

13-5-2019



ORACIÓN PARA ARRANCAR LAS SEMILLAS DE ODIO

*No odiarás de corazón a tu hermano. Reprenderás a tu pariente, para que no cargues tú con su pecado. No te vengarás ni guardarás rencor a tus parientes, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor. **Levítico 19***

*“Orad sin cesar. Dad gracias por todo, porque eso es lo que Dios quiere de vosotros en Cristo Jesús.”
1 Tesalonicenses 5, 17-18.*

“Y todo cuanto hagáis de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.” Colosenses 3, 17.

-----CANTO (Todos)-----

*Quiero alabarte sin parar todos los días, /
Que tu presencia sea el anhelo de mi vida /
Yo quiero hacer tu voluntad / Señor yo te quiero agradecer /
Y quiero darte siempre el primer lugar /
Yo quiero darte siempre el primer lugar / Si Tú eres El Rey / El Rey de mi vida /
El número uno en mi corazón / A ti yo te rindo todo lo que soy / Si Tú eres El Rey /
El Rey de mi vida / El número uno en mi corazón / A ti yo te rindo todo lo que soy*

ORACIÓN PARA ARRANCAR LAS SEMILLAS DE ODIO

Señor, me vas descubriendo que no he de ser un teórico.
Saber muy bien las cosas no es tener ya todo resuelto.
Aunque supiera de memoria el Catecismo de la Iglesia,
aunque conociera bien a Jesús, a la Virgen, a los Santos.
Aunque dominara en detalle todo el Evangelio, podría
preguntarme: eso que tengo tan claro en mi mente,
¿lo tengo también incorporado a mi corazón?

¿Soy capaz de llevarlo a mis actos, en el día a día?

Si soy sincero, verdaderamente sincero, veo que no es así.
“Del dicho al hecho hay mucho trecho”. Sí, aunque me cueste
reconocerlo, mis actos muchas veces me desmienten.

¿Sé amar de verdad? ¿Alejo de mí lo que me aleja de Ti?

Señor y Dios mío, no dejes que anide en mí la doblez.

Dame tu luz y tu fuerza para ser coherente. Vive en mí, Señor.

Quiero bendecirte, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo.

Me abandono en Ti, mi Dios y Señor.

Quiero alabarte, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo.

Pongo todo en tus manos, mi Dios y Señor.

Quiero adorarte, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo.

Me acojo siempre a Ti, mi Dios y Señor.

Puedo decir: yo amo a Dios. Bien, pero ese amor mío,

¿lo despliego también hacia los demás, y de verdad?

¿Los trato como lo que son: hijos de Dios y hermanos míos?

Mira, Señor, que tiendo a dividirlos en categorías.

Con algunos me vuelco y haría cualquier cosa por ellos,
a otros los trato cordialmente, aun sin ser amigos íntimos,
pero a otros, los veo ajenos a mí, los ignoro, o los alejo
de mi pensamiento, de mi corazón, de mi entorno.
Endurezco mi corazón y empiezo a poner distancias.

Sé muy bien el recorrido en mi alma: no me caen bien,
y nace en mí una frialdad cada vez más grande.
Me hacen una faena, empiezo a mirarlos con desdén, y veo
que si no corto eso desde el principio, voy a peor.
Aparece la dureza, aparece el juicio, aparece la acusación.
Ayúdame, Señor, porque si no atajo eso, me encadenaré.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón.

Delante de los ángeles tañeré para Ti.

***Te bendigo por siempre porque llenas mi vida,
que cante con los ángeles alabando tu nombre.***

Brote de mí la alabanza, que esté siempre en mi boca.

Que me asocie a los santos que proclaman tu gloria.

No me creo malo, pero noto que muchas veces quiero
imponer mi lógica, colocándola por delante de la caridad.

Y juzgo. Cuando veo que esto o lo otro no está bien,
que van en mi contra o veo que me hacen daño, me pongo
en guardia. Es muy fácil que nazca en mí un afán justiciero,
que me lleva a enfadarme contra los demás y contra mí mismo.

O crezca ese afán por colocar a personas y las cosas
en su sitio y surge en mí un malestar que no puedo ocultar.

Amar. No podemos dar por supuesto que el amor es algo
ya asumido: yo no soy malo, tengo el corazón abierto...

Si hago la cuenta de las cosas que me contrarían,
que me sacan de mis casillas, podría llenar una lista
interminable: la persona tediosa, el que interrumpe siempre,
quien solo habla de sí mismo, quien “hace todo bien” y no escucha,
el que tiene lo que yo no tengo, o es como yo quisiera ser,
el que me da mil vueltas y además es tan humilde...

Bendito seas, Padre, que llenas de esperanza el mundo.

Bendito y alabado seas por siempre.

Bendito seas Jesús, que vences el mal con tu entrega en la Cruz.

Bendito y alabado sea tu Santo Nombre.

Bendito seas Espíritu Santo, que das la fuerza a los corazones.

Bendito, alabado y glorificado seas.

Cuando prescindimos de Ti, Señor, nos encadenamos.
El pecado, nos encadena, porque nos creemos libres
y, una y otra vez, caemos en lo mismo y no sabemos
cómo salir de ahí. El pecado no es creativo, es aburrido:
los mismos esquemas, las mismas tonterías.
Hago lo que me parece y, al momento, me desilusiono.
Y ese gozo tan deseado se convierte en amargura.
Acabo viviendo una doble vida: porque convierto
el vicio en virtud y la virtud en algo tedioso e inalcanzable.
Pero me pierdo en mí mismo: soy como los niños,
que quieren un juguete y cuando lo tienen se olvidan de él.
Lo que verdaderamente libera es sentirse querido
por Ti, Señor. Es llamar a las cosas por su nombre y luchar
para que el mal no nos secuestre y arrebatte la esperanza.
El pecado nos mete en la oscuridad, el bien nos da
la luz y la paz verdadera. Acógeme y perdóname, Señor

María, Señora y Madre Nuestra, eres Inmaculada.

No hay pecado en Ti. Por eso nos entiendes,

porque el pecado es contrario al Amor

y tú amas mucho. Has aprendido a amar

del Padre, que nos mira siempre con misericordia,

del Hijo, que nos salva del pecado muriendo en la cruz,

del Espíritu Santo que nos convence de pecado

y nos da la luz para salir de él volviendo a Dios.

Eres Inmaculada, sin pecado concebida, y pisas

la cabeza de la serpiente que nos odia y quiere

apartarnos del amor verdadero, con seducción,

con mentira, porque busca nuestro daño.

María Inmaculada, ruega por nosotros pecadores,

ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén